



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Nacimiento de la Congregación SSCC P. Ildefonse Alazard, ssc

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

“HE CONOCIDO LAS COSAS DESDE EL PRINCIPIO”	
NACIMIENTO DE LA CONGREGACIÓN SSCC	3
Por añadidura	10
EL ADVIENTO PREPARA LA NAVIDAD Y LA PROLONGA	19

“HE CONOCIDO LAS COSAS DESDE EL PRINCIPIO” NACIMIENTO DE LA CONGREGACIÓN SSCC

P. Ildefonse Alazard, ssc
Annales 1926

En Annales SS.CC. de 1926, pp. 24-33 el articulista, P. Ildephonse Alazard, ss.cc. ofrece entusiasmado un hallazgo que describe en estas páginas: se trata del acontecimiento de la profesión perpetua de los votos religiosos de los Fundadores en la noche de la Navidad de Nuestro Señor en el año 1800. Es la fecha considerada desde hace muchos años como el nacimiento de la Congregación. Tiene el acierto de no tratarlo en solitario, sino acompañado por los sucesos más inmediatos, anteriores y posteriores. Es lo menos que se puede hacer, porque todo el conjunto constituye una parte esencial. El nacimiento de la Congregación tal como lo comprendemos, no es una fecha (Navidad de 1800) sino un periodo amplio que abarca esos acontecimientos primeros y siguientes. Se apoyan mutuamente formando una sola roca sobre la que se asienta la Congregación y juntos le fueron dando la vida. Pero, sin embargo, algo falta a nuestro parecer, antes y después, para dar con la base de que se compone el firme asiento que hará despegar, libre y claramente, a la comunidad que tanto ha costado concretarla en sus elementos indispensables. La fundación está compuesta sobretodo por elementos históricos. Dejamos al autor que nos satisfaga con su innovación.

* * * * *

Las investigaciones realizadas en nuestros Archivos para iniciar el proceso de beatificación de nuestros Fundadores, hicieron descubrir documentos del máximo interés. Uno, por ejemplo, no dejará de excitar una religiosa emoción en la familia de los Sagrados Corazones. Es el autógrafo de *la fórmula* de que se sirvió el Buen Padre para pronunciar sus votos perpetuos la noche de Navidad 1800.

En este mes de diciembre que nos trae consigo el 125º aniversario de este hecho memorable, nos sentimos felices de publicarla en facsímil auténtico. Si al lado de este documento pudiéramos colocar la fórmula autográfica de que se sirvió la Buena Madre, por su parte, para poner el sello a su consagración,

tendríamos así ante los ojos, las dos piezas fundamentales que testimonian la existencia definitiva de nuestra Congregación.

Sin duda tuvo comienzos más lejanos. Arranca de la visión profética del mes de setiembre 1792, cuando el abbé Coudrin, escondido por cinco meses en el granero de la Motte d'Usseau, vio dos ramas formando parte del futuro Instituto: los Hermanos que debían devolver a Francia la fe que le habían robado, para llevarla también "a todas partes", las Hermanas que, en sus adoraciones ininterrumpidas, debían atraer las bendiciones del cielo sobre los trabajos de los obreros apostólicos. Lo anotaba muy bien la Hermana Gabriel de la Barre: Moisés con los brazos levantados al cielo en el monte, obtenía en el valle la victoria de Gedeón con sus tropas, forzando la entrada de su pueblo en la tierra prometida, tras la que venían caminando durante 40 años por el desierto.

Dos años más tarde, el joven recluso se convertía en misionero intrépido, pero siempre perseguido, no tan solo por la policía, sino por la 'visión' del grupo evangelizador: "el deseo de fundar no me ha abandonado nunca". Intentó echar los cimientos en Poitiers en una sociedad de damas y jóvenes, internas y externas, de toda edad aunque principalmente jóvenes, que se habían entregado al Sagrado Corazón. Gabriel de la Barre no aceptaba en modo alguno que llamaran a la Asociación "la cuna de la Congregación", ya que no puso más que obstáculos para su desarrollo. Sí que allí, en plena clandestinidad, se estableció la Adoración del Santísimo Sacramento, y allí fue, en este ejercicio especial y "fijando una hora de adoración" a una de aquellas asociadas, como el Fundador descubrió el alma predestinada a secundarle eficazmente en la realización de los designios de Dios. Su colaboradora se llamaba *Henriette Aymer de la Chevalerie*¹.

No es este el lugar de narrar los obstáculos que encontró el Instituto naciente en la misma Sociedad del Sagrado Corazón en que había germinado. Tuvo que irse desgajando poco a poco para poder desarrollarse. Con ese fin la fundadora compró una casa en la calle HautesTreilles (*Parrales Altos*) vendiendo todas sus posesiones rurales, donde se instaló con algunas compañeras a finales de setiembre de 1797. Allá subieron también el resto de la Asociación: jóvenes internas, mayores externas, sacerdotes...

Después de tres años de ensayo de vida religiosa, la pequeña comunidad, a quienes apodaban "Solitarias" porque habían aprendido el valor del silencio en quien durante años habló mucho con Dios y poco con los hombres, solicitó y obtuvo la aprobación de los Vicarios generales de Poitiers, 17 Junio 1800. Tres meses más tarde, el 20 de Octubre –aniversario de la salida del P. Coudrin de su refugio en el granero de la Motte d'Usseau- se registraban *los primeros*

¹ He aquí en qué términos la Madre Henriette declaró el 7 de enero 1803, la parte que el P. Coudrin tuvo en su vocación: "Cuando él (su confesor, el abbé Soyer) me dejó, estaba conmovida por los acontecimientos, pero no convertida: a usted solo es a quien debo este primer beneficio. Cuando establecisteis la Adoración en [la calle] el Molino (de Viento) y me señalasteis una hora, sin que os dierais cuenta, fijasteis mi destino" (billete de la Madre Henriette al P. Coudrin, n° 98).

votos de las Hermanas. No eran, es verdad, más que votos *por un año*, que todavía se limitaban al de *Obediencia* y el de *Castidad*: la Buena Madre parecía ignorar entonces que el voto de *Pobreza* es también una de las obligaciones esenciales de estado religioso². Si hubiera habido ignorancia por su parte, esto se explica fácilmente, cuando se piensa que en aquella época no existía ya ni una sola Congregación religiosa en Francia y que ni un solo fundador había tenido hasta entonces un conocimiento práctico de la disciplina regular. Habían conseguido procurarse una Regla de la Trapa y sin desear unirse a esta Orden o asemejársela, la convirtieron de algún modo en primera guía de sus pasos. Aún más tarde, la policía de Fouché, tan listo él, las creía 'trapenses'.

Este mismo día, 20 de octubre 1800, aniversario de su salida del granero de la Motte d'Usseau, el abbé Coudrin hizo sus *Resoluciones* con el nombre de *Hermano Caprasio*, en recuerdo del santo obispo de Agen, San Caprasio, el mártir que había decidido exponerse él mismo a todos los peligros para socorrer a las almas privadas de pastores. Inmediatamente después del Fundador, dos de sus discípulos pronunciaron también sus *Resoluciones* con los nombres de Hermanos Bernardo e Hilarión. Esta es la fórmula en uso en los orígenes de Instituto:

"Me consagro hoy de una manera particular al Sagrado Corazón de Jesucristo y tomo las resoluciones de vivir un año en la Pobreza, la Castidad y la Obediencia, con un espíritu de aceptación, de resignación, de inmolación, para hacer en todas mis acciones lo que parezca más perfecto, deseando por mi fidelidad a estas resoluciones aplacar la cólera de Dios y satisfacer a su justicia; pero no tengo en manera alguna la intención de sentirme culpable de pecado alguno, ni siquiera venial, por faltar a ellas".

Por tanto, este 20 de octubre 1800, ya contemplamos por un lado los primeros Votos de las Hermanas y las primeras Resoluciones de los Hermanos. Con toda seguridad era este un gran paso de hecho hacia el establecimiento de la nueva Orden, pero no era todavía la base estable y definitiva, indispensable, para este edificio sobrenatural. Dos cosas faltaban. 1º el *voto de Pobreza* no menos esencial que los dos otros para adquirir forma de vida religiosa; 2º la *perpetuidad* de los tres votos, la sola capaz para asegurar la estabilidad de las almas en el estado religioso y en la Orden naciente. Los dos Fundadores, movidos por el Espíritu Santo, no iban a tardar en completar su obra. Resolvieron hacerlo la noche de Navidad 1800,

² Esta es la fórmula de aquellos votos, profesados con un cirio en la mano: "Yo louise-victoire-catherine-henriette-monique aymer, hago voto de castidad y de obediencia por un año y renuevo de todo corazón las firmes resoluciones que ya he tomado y que pueden ser para el bien; las pongo entre las manos de la Santa Virgen, para que se digne presentarlas al Sagrado Corazón de Jesús, su divino hijo, al servicio del que deseo consumirme como este cirio, según la regla establecida en esta casa. En el nombre del padre, y del hijo y del St. espíritu (sic) en Poitiers el 20 del mes de octubre el año de gracia 1800". Como se ve, la Madre Henriette estaba reñida con las mayúsculas, al menos hasta este momento. La frase 'que pueden ser para el bien' parece que se queda colgada. En la fórmula posterior del Buen Padre en Navidad de 1800, muy semejante, se lee "... luces del Santo espíritu para el bien de la obra [Congregación]...".

pronunciando el uno y la otra los tres votos perpetuos de Religión. Se dispusieron a ello con tanto más fervor, cuanto Dios les llenaba cada vez más de evidentes pruebas de sus designios de misericordia.

El abbé Coudrin, antes de dar el paso decisivo, formuló por escrito los favores especiales que deseaba obtener de la Sma. Virgen, en prueba de su entera consagración a la Obra de Dios. Como conocía todo el crédito que la Madre Henriette tenía ante la Reina del Cielo, fue por medio de ella como presentó su piadosa petición:

- 1°. Pedir, como recompensa de mis votos, que me obtenga la gracia de discernir qué espíritu les mueve a todos los sujetos que me llegarán;
- 2°. De sentir un cierto desasosiego cuando esté a punto de dar una mala absolución.
- 3°. La gracia de conmover predicando y de estremecer todo cuanto deba ser estremecido y afectado.
- 4°. La misericordia para con todos aquellos a quien pudiera dar la indulgencia plenaria en el momento de la muerte.
- 5°. La remisión de la pena temporal debida a mis pecados.
- 6°. La conversión de todas las personas para quienes haya podido ser causa de pecado en toda mi vida.
- 7°. Una buena muerte para todos mis parientes y los bienhechores de nuestros establecimientos.
- 8°. ¿He de llevar el nombre de Superior o Prior, o Abad?
- 9°. En el supuesto de que la partida del pequeño Agustín (sobrino del P. Coudrin) ocasionara la muerte de mi madre ¿será necesario hacerle venir de inmediato?
- 10°. ¿Predicaremos con roquete o con manteo? Que tenga la bondad de designarme mi nombre de Religión.

No poseemos la respuesta escrita a estas peticiones; pero un lector avisado las encontrará ciertamente en la vida del Fundador. Sor Gabriel de la Barre, testigo ocular de la mayor parte de los hechos relacionados con nuestros orígenes, nos advierte que si el Buen Padre abandonó el nombre de *Caprasio* que había tomado el día de sus *Resoluciones*, fue por obedecer a una indicación llegada de lo alto, de la Santísima Virgen, de quien era el hijo predilecto. En cuanto a las otras peticiones, en las que brillan con tan bello resplandor las santas preocupaciones del Apóstol y del Fundador, todos cuantos conocen la vida del Buen Padre, saben cuán eficaces fueron su predicación y su dirección para conmover, estremecer, convertir... Con la seguridad de la protección de la Reina del Cielo, los dos Fundadores, se consagraron definitivamente, con gran felicidad. El acontecimiento, de una importancia capital, lo narró así Sor Gabriel de la Barre, testigo ocular:

“Toda su vida, escribe en sus Memorias (1802), nuestro Reverendo Padre había estado presionado por la necesidad de ser el hijo de la Santísima Virgen. Había recibido grandes gracias por su intercesión; sus sermones habían

resonado con sus elogios; había compuesto en su honor una muy devota oración que rezaba cada día públicamente antes de comenzar la santa misa; en fin, su corazón era de ella desde su infancia. No le faltaba más que hacer el último sacrificio por el que se entregara sin retorno a su servicio y consintiera en ser el padre de un nuevo pueblo que Dios se escogía”.

En este espacio del texto se encuentra reproducida en facsímil, en el texto original, la fórmula de los votos escrita de puño y letra por el Fundador.

La posición en que se encontraba entonces Francia y sobretodo el estado turbulento y de persecución en que se encontraba el clero, le forzaron primero a obrar con mucha precaución y a no decir nada públicamente. No fue más que en voz baja, aunque en presencia de muchas personas, como pronunció la vigilia de Navidad 1800 en nuestra capilla los votos siguientes:

*Yo, Hermano Marie-Joseph, hago voto de Pobreza, de Castidad, de Obediencia, siguiendo las luces del Espíritu Santo, por el bien de la obra, como celador del amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María al cuyo servicio quiero vivir y morir*³.

Y de inmediato, subió al altar para comenzar la misa de medianoche. La misma Virgen Santa le había señalado estos dos nombres, José María (*Marie-Joseph*) Su alma fue colmada en ese momento de una suave alegría, que recuerda siempre con un nueva consolación.

Nuestra Reverenda Madre hizo el mismo día los tres votos de Religión como Superiora General; ya había hecho los dos primeros, pero la Santísima Virgen le aclaró que el tercero era necesario para dar forma como complemento de la perfección del estado religioso. Nuestro Reverendo Padre bendijo enseguida el manteo blanco que llevan los Celadores como señal de su entrega a María. Fue realizado conforme al que le había mostrado la misma Santísima Virgen a nuestra Reverenda Madre. Comenzó a vestirlo públicamente⁴. Las gracias del cielo comenzaron a extenderse con una abundancia inexplicable sobre nuestros celosos Superiores”.

No nos está permitido añadir nada a este relato de un testigo. La ceremonia, tan considerable en lo que significa, tan rica en las consecuencias que debía tener, fue en el fondo muy sencilla, muy discreta, sin pompa. Sor Gabriel nos

³ El autor de este artículo, el P. Ildefonse Alazard, ss.cc. secretario general entonces, que escribió abundante cantidad de textos de toda clase en Annales. Tenía el verbo fácil y justo. Aquí en nota dice: “Se ve que Sor Gabriel(le) no da aquí más que lo esencial de la fórmula”. No parece ser verdad. La fórmula original de la profesión de los votos, como tal, es la que descubrieron en esa hoja o cuaderno, y le movió a escribir este artículo. Lo que sucede es que Sor Gabriel, con muy buen sentido, no da más que exclusivamente la fórmula de profesión El texto original tiene una introducción, como de acta notarial, que es lo que en realidad es, en que dice comenzando con toda pomposidad: “El día veinticuatro de diciembre, a las once horas y tres cuartos de la noche en el año mil ochocientos, yo hermano Marie Joseph fais...”. Está claro que la fórmula de los votos comienza en “Yo, hermano Marie Joseph...” tal como transcribe Sor Gabriel de la Barre, en la que no pone ni quita una sola palabra. Sin duda Sor Gabriel tuvo entre sus manos la hoja original.

⁴ Las circunstancias no permitieron llevarlo después de 1803; pero más tarde el hábito blanco será adoptado como vestido de la Orden de los SS. Corazones.

da las razones: por un lado la persecución religiosa estaba todavía sin doblegar, se mantenían también los lazos que aún retenían al instituto naciente en las mallas de la Sociedad del Sagrado Corazón; esta Asociación tenía a la cabeza un cierto número de sacerdotes piadosos y celosos, pero cuyos puntos de vista eran poco conformes con los del Padre Coudrin y de la Madre Henriette: esta es la razón por la que, para no atropellar nada, no habían pronunciado sus votos más que *en voz baja*, sin duda en presencia de muchas personas reunidas para la misa de medianoche, pero de tal modo que no fuera comprendida más que por un pequeño grupo de iniciados. Sin embargo las gracias extraordinarias que siguieron a esta profesión, no se limitaron a los dos Fundadores: sus discípulos, testigos en parte de semejantes alientos, pidieron pronto con insistencia caminar tras sus huellas. El Buen Padre y la Buena Madre consintieron en ello, y lo que no habían hecho, por así decir, más que bajo velos en la noche de Navidad, resolvieron renovarlo a las claras el 2 de febrero siguiente, fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen.

El 2 de febrero 1801, escribe de nuevo Sor Gabriel, el P. Marie-Joseph reunió a toda la casa, novicios, donados. Revestido con su alba, con un cirio en la mano, hizo un conmovedor acto de desagravio por todas las faltas de su vida. Expresó después con energía el ardiente afecto con que ponía el sello a sus compromisos: a continuación, habiendo renovado sus votos, se prosternó en el suelo. Se le cubrió con un paño mortuario recitando las plegarias usuales⁵. Cuando terminaron las oraciones, se levantó y recibió los votos del Sr. David y los de el Hermano Hilarión. ... Uno y otro se prosternaron, como el Padre Marie-Joseph, bajo el paño mortuario.

Nuestra Reverenda Madre hizo del mismo modo que Nuestro Reverendo Padre, la profesión y la renovación de sus votos con su nombre de Henriette. Recibió a continuación nuestro votos; éramos cuatro Hermanas: Magdeleine, Thérèse, Gabriel y Gertrude Nos prosternamos todas juntas bajo el paño mortuario, y la ceremonia se terminó por la renovación de las Resoluciones de las novicias. Las Hermanas *donadas* que habían conservado el vestido secular, tomaron también el mismo día el vestido pardo que llevan hoy.

Como se ve, fue progresivamente y por etapas como nuestra familia religiosa se *desarrolló* en el jardín de la Iglesia. Las fechas 1) del 20 de octubre 1800, 2) del 24 de diciembre 1800 y 3) del 2 febrero 1801 forman un todo íntimamente unido, donde nosotros encontramos los elementos esenciales de nuestro ceremonial de la toma de hábito y de la profesión.

⁵ Esta ceremonia concreta que estuvo en vigor durante muchos años en el Ceremonial de la profesión, poco a poco se fue convirtiendo en algo ominoso, principalmente debido a las lágrimas de los familiares de los profesos. Lo sentían como un entierro en vida. Fue una ceremonia heredada en nuestro Ceremonial del de las Órdenes religiosas antiguas, desaparecidas con la Revolución. En afán de restauración fueron tomadas como una resurrección de lo desaparecido. El B.P. decía "yo nunca he visto monjas". ¿Es que nunca se le ocurrió en sus más de seis años de estudio bajar a visitar el monasterio de la Santa Cruz, primer monasterio de occidente para monjas levantado en el siglo V por Santa Radegunda? Allí estuvo la B.M. de pensionista, G. de la Barre.

Esta gran alegría de la profesión, de la formación definitiva del Instituto naciente, fue seguida 4) pocos días después –el 10 febrero 1801- de un acontecimiento previsto, inevitable, pero que produjo mucha amargura en el corazón del Buen Padre y en el de la Buena Madre: fue la separación de la Sociedad del Sagrado Corazón. Dios permitió que aconteciera en circunstancias penosas para los dos Fundadores y sus primeros discípulos. No tenemos el derecho de asombrarnos de ello, conociendo que los nuevos religiosos tenían por misión la de participar en el dolor interior del Corazón de Jesús y la de vivir como víctimas de reparación.

Pero por angustiosas que fuesen las espinas que se clavaban en el corazón del Buen Padre, no le impedían bendecir a Dios por el insigne honor que le había hecho aproximándole algo más a su divino Corazón. Esto es lo que declaró un día en estos términos:

“Sí, si el Señor me dijera que puedo salvarme en otro estado en que sería estimado y feliz, le respondería: *‘¡Señor, dejadme en el estado que he abrazado, ¡lo es todo para mí! ... Con entera certeza, si el Soberano Pontífice me asegurara que no hay más que un único lugar en que pudiera cumplir mis obligaciones, aunque este lugar estuviera en la Conchinchina, partiría de inmediato para llegar allí’*.”

En otra ocasión, cuenta el P. Hilarión, estando nosotros en Capítulo, nos dijo: Soy muy débil, bien miserable, mis pobres hijos, el más miserable de todos vosotros; pero después de que Dios me ha llamado a esta obra, me siento totalmente otro. He tenido que combatir muchas luchas, muchas incertidumbres que vencer, antes de hacer mis votos. Preveía las penalidades, las tribulaciones, las persecuciones que habría de soportar; pero en cuanto me encontré ligado a Dios totalmente, me sentí cambiado del todo en mi vida espiritual. Desde aquel momento, he cometido muchas faltas, que lloro todos los días; pero cuantas veces renuevo los votos –lo que me sucede cuatro o cinco veces al día, me siento consolado” (Hilarión, *Vida manuscrita*, nº 92)

Estas últimas palabras nos aportan con toda naturalidad la conclusión de este artículo. Lo que nuestro venerado Fundador había experimentado en su profesión y en la renovación de sus votos, deseaba ardientemente que, a su vez, lo probasen sus religiosos. No cesaba de exhortarles a renovar frecuentemente sus santas obligaciones, asegurándoles que en ello encontrarían cada vez fuerza y dulzura. En los comienzos, ciertos hechos extraordinarios probaron qué agradable era para Nuestro Señor, y que terrible resultaba para Satán esta renovación de los votos.

El P. Hilarión cuenta en su Vida del Buen Padre que un día, en Mende, en el momento en que se exorcizaba a una persona poseída, uno de nuestros religiosos que se encontraba en la capilla en que se hacían los exorcismos, tuvo el pensamiento, siguiendo la recomendación del Fundador, de renovar sus votos. Lo hizo a media voz, de manera que los que se encontraban cerca de él no pudieran comprender lo que decía. No sucedió esto con la poseída o más bien con el demonio que la atormentaba. Apenas el Hermano hubo

comenzado su fórmula, cuando el demonio, hablando por la boca de la poseída, gritó con furor, que ese religioso le quemaba horrorosamente y le amenazó para que interrumpiera al instante la fórmula que recitaba. El buen Hermano se guardó muy bien de obedecerle; persistió aún más en su piadoso ejercicio, todo feliz al constatar por sí mismo la verdad de lo que el Fundador afirmaba tan a menudo: que la renovación de los votos tiene una eficacia especial para vencer al demonio y calmar las tempestades que su malignidad suscita en las almas consagradas a Dios (Ibid. n° 92)

Nuestros Hermanos y Hermanas no ignoran sin duda los hechos que recordamos y en particular el poder maravilloso del acto de profesión y de su renovación. Seguramente que nos agradecerán el haberles refrescado el recuerdo del próximo 125° aniversario de la profesión perpetua de nuestros piadosos Fundadores y quizás se aumente en ellos, aún más, el fervor por la frecuente renovación de sus votos, así como en la celebración de la fiesta de Navidad, que está unida para siempre al establecimiento definitivo de la Congregación.

P. Ildefonse Alazard, ssc
Annales 1926, pp. 325-333

Por añadidura

No se trata de añadir aquí nada nuevo al artículo del P. Alazard. Ha dado forma única y completa a esta idea de *inicio o fundación* de la Congregación, con ocasión del hallazgo del texto autógrafo del Buen Padre. Si hemos de añadir algo, de lo que se trata es de tener una *visión histórica* de la fundación de la Congregación. Según esto, lealmente nos parece que no se debe, ni se puede, reducir a una fecha. Ocupa un periodo que puede ser más o menos largo. En el párrafo anterior escrito con tipo de letra diferente, el P. Alazard ha recorrido con acierto tres etapas que considera como un "desarrollo" de nuestra familia religiosa. Nos parece que se queda corto y que hay que mirarlas de un modo distinto, es decir, mucho más encadenadas. Y sobretodo considerar con lupa el comienzo y el final. Esto nos parece muy importante.

1.- París.- Es imposible desarrollar el tema si no partimos de su *ordenación sacerdotal*, ordenación clandestina en París. Le comunican que hay posibilidad de entrar en relación con un obispo refugiado, que actúa como tal en el Colegio de los Irlandeses, *Rue du Cheval Vert*, 'Calle del caballo verde', junto al Panteón en que reposan los hombres ilustres. El Colegio es un lugar que goza de la protección del Derecho Internacional. Era un seminario irlandés. Las ceremonias religiosas se suceden en la capilla a pie de calle, durante todos los días, y nadie se extraña. Allí ellos están en su país. En la sala de la biblioteca encima de la capilla, por mayor recogimiento y porque no cabrían en la capilla con la gente, es ordenado sacerdote acompañando a 28 ordenandos, que reciben órdenes sacras diversas. No todos se ordenan de sacerdotes.

Pedro Coudrin, como todo el resto, permanece aún unos días en París para seguir el *retiro* en el Colegio Lombardo a escasos metros de los Irlandeses. Les predica el famoso P. Cormaux, misionero en Bretaña (1746- 1794) ardiente propagador del culto al Sagrado Corazón, que acabará en la guillotina. Tiene la costumbre de redactar al final una carta dirigida a Santo Padre consolándole de las atrocidades que sufre la Iglesia de Francia y la persecución de los sacerdotes. Sus tonos son siempre patéticos, como por desgracia es la realidad, y también porque sabe que es el último eslabón de la cadena para unos jóvenes corazones que acaban de ser ordenados, que van a salir a un mundo donde, en cuanto pisen la calle, no van a tener la protección del Colegio de los Irlandeses. Por eso la carta que al final dirigen al Santo Padre, vibra de emoción y entrega, ante la situación de la Iglesia de Francia y en los 'ojos con lágrimas', por el dolor del Papa, brillan decisiones de martirio. El joven Coudrin, con 24 años, no solo se ordenó sacerdote, hay ese algo más que se lleva en su corazón, necesario recuerdo para cuando se encuentre pronto en el granero de la Motte. Si sabemos de dónde llegaba, se ven las cosas de otra manera.

2.- Coussay-les-Bois.-El joven Coudrin vuelve a su pueblo, donde mantiene buenas relaciones con el párroco no juramentado. Celebra la Misa para el pueblo el día de Pascua, entre ellos su familia y más allegados. Al comenzar la Misa le entrega el alcalde un papel que deberá leer al finalizar, como es costumbre. Se trataba de una orden de ir por la tarde a Châtellereault para votar por el nuevo párroco, sacerdote juramentado. Lo hace, pero añade: "Ni yo ni mi familia participaremos en esa mascarada". Por la tarde ya tiene que huir, en búsqueda de Mons. de Bruneval, Vicario General de la Diócesis de Poitiers, donde sabe que se esconde, pues el obispo está en el destierro. El Vicario General le aconseja paternalmente que desaparezca por un tiempo, dado el estado demasiado revuelto de la situación.

Se dirige al norte buscando a su primo Maumin, granjero de las propiedades del castillo de la Motte d'Usseau. El falso granero encima de la granja es lugar seguro, pero a precio de no poder ni ponerse de pie. Así desde mediados de mayo hasta el 20 de octubre, bajo un tejado abrasador. Su mayor respiro y consuelo es poder bajar a medianoche, por una trampilla, al lugar en que Maumin tiene su 'despacho' para poder llevar las cuentas de administración. Reducido también, puede sin embargo dar unos pasos y celebrar cada noche la santa Misa con los Maumin, y muy a menudo con los dueños del castillo, la familia Viart, subiendo enseguida a su cobijo. En esas circunstancias, pasa el día dedicado a la oración, que para él es adoración de Cristo en las posibles partículas que han podido quedar en los corporales de celebrar la santa misa. Cosas 'que solo entiende el corazón'. Largos ratos los dedica a la lectura de la Historia de la Iglesia. Nada había más apropiado para un perseguido por su fidelidad a la Iglesia. Él mismo entraba en esa historia, frente a la emergente iglesia galicana.

Todo se explica, porque en el ambiente cerrado y oprimente en que se halla, en las palmas de las manos reciente la unción del óleo sagrado, las emociones de los días de retiro, lo que siente que está sucediendo fuera de su cobijo,

producirían más de una vez imágenes de deseos posibles, que dibujan formas cada vez más claras y concretas que llaman a su corazón generoso y audaz. Él mismo narró haber 'visto' un gran avanzadilla de hombres y mujeres que se dirigían hacia un horizonte profundo y luminoso. Se trata de su famosa "visión" en su refugio de la granja de la Motte d'Usseau, que le marcará para toda la vida. De tanto leer la Historia de la Iglesia y en el lugar en que se encontraba, creyó ver en noche oscura la que algún día sería su Congregación al servicio de la Iglesia. Los acontecimientos le seguían impresionando y también presionando, hasta que un 20 de octubre de 1792 toma la decisión, aún en contra de las advertencias de su primo Maumin, de dejar el escondite del granero. Arrodillado a la sombra de una encina cercana, hace *profesión* de morir por Dios si fuera necesario, 'pues para eso me había ordenado sacerdote'. Y se marcha a medirse con la muerte. Tiene 24 años, en este de 1792.

3. Montbernage.- Pedro Coudrin se dirige hacia el sur, hacia Poitiers, que conoce bien, como lugar que ha sido de todos sus estudios superiores para llegar al sacerdocio, con el fin de poder acompañar en la vida y en la muerte a su compatriotas a quienes han arrancado a Dios de las manos, dejándoles sin medios para acercarse más a Él y tenerle a su vez más cercano a ellos. Comienza sus trabajos apostólicos en la gran planicie que llega hasta el mismo Poitiers, donde allí se corta casi a pico, dejando en la parte baja un espacio para las viviendas construidas en la base de las rocas en que termina la falla de aquella planicie alta, al lado del río, conjunto al que llaman y es también Montbernage.

Hemos encontrado y transcrito, en otro documento, la larga narración de lo que fue, aproximadamente, el trabajo de Pedro Coudrin en Montbernage. Se deben a la pluma del creador de nuestros Annales, hacia el año 1872. Las heroicidades y los peligros para su vida durante este apostolado montaraz, sobrepasa lo humanamente posible. No fue él solo quien dio aquel ejemplo de heroicidad. Eran un grupo reducido de sacerdotes, quienes planeaban y realizaban en la noche, en alguna granja casi siempre, aquellas celebraciones de misas y confesiones, ataviados con los disfraces más curiosos. Lo más conmovedor fue el grupo de campesinos y obreros y la famosa Guste y su familia, personaje de leyenda, con sus actuaciones en plena noche, siempre al cuidado de sus sacerdotes, para protegerlos o esconderlos. La gente se reunía en una granja a la hora convenida de la noche y comenzaban con sus cantos religiosos, hasta que llegaba el sacerdote. Muchos de estos cantos los conservaban en la memoria, transmitidos de padres a hijos, desde que los aprendieron en las populares misiones que por aquellos lugares había predicado, hacía 80 o 90 años, un loco de Dios llamado San Grignon de Monfort, que fundó a Las Hijas de la Sabiduría" Esto le conmovió mucho al P. Coudrin, porque las letras de los cantos trataban mayormente sobre los Corazones de Jesús y de María.

En 1793 Pedro Coudrin se ha decidido a atravesar la barrera del Puente Joubert, arteria principal para introducirse en la ciudad, protegido en su parte central por una gran torre que hace subir o bajar la gran verja de hierros,

custodiada por un pequeño grupo de policías. Ya en febrero se encuentra en los "Incurables", cuidado y protegido por las Hermanas de la Sabiduría, fundadas por San Grignon de Monfort. Todo el mundo sabe que son las que siguen regentando ese hospital durante la Revolución, porque no han podido encontrar ni una persona que se atreviera a ponerse al servicio caritativo de aquella podredumbre humana. Sor Ave, la superiora, le busca allí a Coudrin un buen rincón y le viste a menudo con la pobretona blusa que identifica a los sirvientes del Hospital. Más de cuatro veces le ha servido para atravesar el puente y andar por la ciudad con cara de medio tonto. Allí se creó la figura mítica de "Andatierra", por haber sustituido, al llegar la policía, a un recién fallecido con ese apodo que acababan de llevarse en la camilla. Los sabuesos pasaron por delante sin diferenciarlo de un muerto. Con este nombre anduvo mareando a los gilís que pusieron a precio su cabeza. A finales de este año de 1793 queda en el recuerdo de nuestra historia como el del *primer intento* de establecer contactos para la fundación de la Congregación entre algunos sacerdotes. "Pero me abandonaron".

4. Poitiers.- Fue en 1894, a mediados del año, cuando por fin decide asentarse en Poitiers. Con seguridad fue a encontrarse con la Srta Gauffreau, entrada en años ella, en la calle de la Regratterie, calle de las más cortas y famosas de la ciudad: se abre en la calle del 'Moulin-á-Vent' y termina en la plaza de la colegiata de 'Nôtre-Dame- la-Grande', orgullo de colegiata románica de los poitevinos dedicado a su patrona, Nuestra Señora de las Llaves, nombre que recuerda el milagro de defensa de la ciudad.

Nos encontramos en el más viejo Poitiers. Todos los sacerdotes, principalmente los comprometidos en la clandestinidad, habían pasado y seguían yendo y viniendo por su casa de estrecha fachada. En la parte baja tenía una tienda de retales con clientas sobre todo femeninas. Pero a menudo entraba un hombre, le hacía un guiño y desaparecía por detrás. Subía al primer piso donde la esperaba para hablar o coger algún utensilio para la celebración de la Misa. La llamaban los iniciados "La Madre de los Sacerdotes" y en algún tiempo se intentó introducir su causa de beatificación. Es lo que hizo un día cualquiera Coudrin, encontrándose allí con toda clase de pruebas comprometedoras. Una breve conversación con otro más a quien proteger, aconsejar, guiar y proteger, sobretodo señalándole la red de clandestinidad que podía necesitar...

Seguramente que por sus revelaciones supo de la calle d'Oleron, sede de la Asociación del Sagrado Corazón, otro nido clandestino, éste con la organización de una Obra compuesta de jóvenes internas y mayores externas, más un consejo de sacerdotes. Allí se encontraba ya como interna Gabriel de la Barre, sin conocerla. Las internas se dedicaban a la oración ante el Santísimo, oculto en el muro. Un cierto tiempo posterior se estableció la Adoración, por turnos, del Santísimo, cuya iniciativa se arrogaba, según sus memorias, la Srta. Geoffroy, responsable de aquel grupo. Sor Gabriel de la Barre lo atribuye en las suyas a la intervención del sacerdote Coudrin. Coudrin celebraba allí la Misa si no tenía otro compromiso. Algo muy significativo sucedió el día en que Coudrin les dijo que había que admitir a la misa

dominical a todo el que quisiera, lo que valió un enfrentamiento con la Geoffroy. "Pues mire, me pondré a la puerta de la calle y diré a quien me entere que puede desearlo, que se celebra Misa a tal hora". Es una anotación más del espíritu de riesgo en que vivía continuamente.

Un buen día, cuando ya se habían abierto las cárceles a la muerte de Robespierre, el 1 de setiembre 1794, llegó por allí una señorita de aire aristocrático en su aparente sencillez, pidiendo ser admitida en la Asociación. Había brillado en los salones de la aristocracia, donde exhibía la gracia y el comportamiento que eran como para dar envidia. Toca el clavecín y canta como los ángeles sus canciones de 'soirés mundanas' muy poco conscientes ante lo que se avecina. Se hacen los debidos tejidos de bolillos para que la niña obtenga el título que se merece y acaban por adquirir para ella el de Condesa de Malta que es aceptado por la aristocracia. Pero un buen día aparecen por casa, que es la de su madre, los gendarmes, que al fin descubren oculto al párroco de su pueblo. Un chivatazo de una pobre mujer: "- ¿Pero como hace usted eso? - ¿Qué quiere?, en estos tiempos de algo hay que comer". Las dos a la cárcel y el sacerdote a los pontones de Rocheffort, donde resistió hasta el final en un lugar donde la basura y las ratas daban con la vida de los sacerdotes menos fuertes que él, la mayoría –dicen que unos quinientos-, entre ellos el tío materno de Pierre Coudrin, el abate Rion. El encarcelamiento de once meses, hasta setiembre de 1794, junto con su madre, en el que fue convento para peregrinos a Santiago, dirigido por las monjas Agustinas, se había encontrado con la experiencia de Dios. Allí se confesó con un gran líder de la resistencia, el abbé Soyer. 'Salí de la cárcel purificada, pero no convertida'. En un principio se le negó la admisión, pues conocían lo que había significado en los salones de la alta sociedad. Así las cosas, como fuere, y parece que por consejo influyente de Coudrin, fue admitida como externa. Llegaba por la mañana, pasaba todo el día ante el Santísimo y por la tarde, despidiéndose con una sonrisa volvía a casa de su madre. Comenzó a confesarse con el sacerdote Coudrin, porque decía: 'Habla como yo rezo'. – 'Es un sacerdote muy exigente', le habían dicho'. – 'Justamente eso es lo que yo busco', dijo ella. Y comenzó a abrirle su alma, algo que siempre le costó sudores. Enseguida descubrió Coudrin que se trataba de un diamante por tallar.

Cinco años y diez meses va a necesitar Henriette de la Chevalerie, de nobleza rural e intrépida adoratriz del Santísimo Sacramento, hasta poder ofrecer a Dios sus votos religiosos, el primer grupo que se ponía en cabeza de lo que contempló el P. Coudrin en su 'visión' en el granero de la Motte d'Usseau. Anécdota: Pasados los años, el 27 de enero de 1829, ya Fundador y Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones al unísono con la también Rdma. Madre Henriette Aymer, ante alguna desavenencia de ésta con un Hermano, ciertamente valioso pues será el sucesor como Superior General de la Congregación, le escribe en una carta este párrafo, en que descubre la razón de su veneración e indica que es algo más que una colaboradora en la creación de las dos Ramas de la Congregación: *"Para mi, que conozco las cosas desde el principio, le digo que ella (es) el sostén y la*

vida de todos nosotros ante Dios. Es ella quien es más fundador que fundadora, y jamás ha cesado de ser una víctima por toda la familia”.

5.- Moulin á Vent.- A parte del merecido elogio, ese “ *que conozco las cosas desde el principio*”, nos lleva también a nosotros al ‘comienzo’ donde se fragua el conocimiento del origen, de la fundación, del fundamento de la Congregación. Con este lugar privilegiado que es la Regratterie, lugar de contactos, de estar enterado de cuanto sucede en la clandestinidad, de guarda-objetos comprometedores, la Asociación del Sagrado Corazón se traslada en febrero de 1795 a la calle de Moulin-à-Vent, tan cerca de la Regraterie, más en el centro de la ciudad. Las relaciones entre Pierre Coudrin y Henriete Aymer se van profundizando. Le recuerda ella: “*El día que me señalasteis una hora de Adoración en el Moulin-à-Vent, fijasteis mi destino*”. No se trataba de una devoción personal, era como un mandato de la Iglesia para que permaneciera en esa vela toda su vida; lo que todo hombre o mujer busca: un destino. Dios le había regalado por medio de Pedro Coudrin el que más hubiera deseado. Ese día renació Henriette Aymer, una mujer distinta, ¡un destino! No tenía ya otra obra que hacer: realizarlo, “ *a cuyo servicio quiero vivir y morir*” .

Desde ese momento ya no vive para otra cosa, la de desvivirse por darlo a luz, cuidarlo, vencer todas las dificultades, enfrentarse con lo que sea, es su destino. Comienza entonces una lenta lucha, a pie de Sagrario, buscando y realizando el camino por si alguna de las más jóvenes lo ve como esperanza. A fines de 1796, qué largo y lento el camino, como en una carreta de Teresa de Jesús tras su ‘palomarcito’, tres o cuatro jóvenes le entregan su confianza, se entregan queriendo compartir su camino. Son tan reducidas y silenciosas, hacen tan claro su estilo nuevo, que empiezan a llamarlas “las Solitarias”. Henriette piensa, ora, pero también se mueve sin hacer ruido. En Marzo de 1797 la nombran Superiora de las Solitarias. El nombramiento es efecto de asambleas, donde están todas las de la Asociación, también los sacerdotes y la mano larga y responsable de los Vicarios Generales de la diócesis. Sigue siendo la Asociación un grupo un tanto itinerante. Quiere decirse que en marzo, de nuevo hacen otro traslado, esta vez frente a la fachada de la inmensa y bellísima catedral de Leonor de Aquitania, en la Plaza de San Pedro. Aquí suceden, avanzan, cosas importantes: la principal tomada por Pierre y Henriette, es la *decisión de fundar* por fin una vida religiosa. Es curioso que ‘fundar’ se asemeje tanto a ‘fundición’, que es tras lo que andan Pierre y Henriette, si fundación ha de ser fundición, sin parecerlo. ¿Dónde está la línea que las una sin confundirlas? En las palabras llega a verse casi claro, ¿pero en la realidad? ¿Será posible que la Congregación herede, como otra posesión cualquiera, lo que parece que ha sido una gracia carismática entre ellos? ¿Se puede heredar un carisma vivido entre dos personas? En el supuesto, ¿será la Congregación capaz de realizarlo hasta el punto de que a los Fundadores les asombre haberlo concebido?

En julio las Solitarias toman, bajo el vestido normal, el vestido de lana, entonces más pobre y basta que la tela de hilo. En agosto hacen sus resoluciones por esa vida religiosa que ha cautivado su corazón:

Yo me consagro hoy día en forma especial a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, tomo la resolución de vivir durante un año bajo la obediencia en castidad y pobreza, deseando aplacar la cólera de Dios por mi fidelidad en observar estos medios de perfección.

Peregrinan con el alma, pareciéndoles que la distancia con el resto de las asociadas va haciéndose mayor. Es la Buena Madre la que le da vueltas a la situación. Han hablado ya los dos de la necesidad de fundar. Ella posee tierras, herencia de su padre, como para hacerse con una casa en que ha puesto los ojos, una mansión que se halla frente a la casa de su madre en la parte alta de la ciudad, de tal modo que la calle se llama 'Hautes Treilles' (parrales altos) Habla con Francisca de Viart, pues su familia posee una gran fortuna. La propone que le compre todas sus posesiones.. En un primer momento está renuente. Poco después se acerca a la Buena Madre, en el momento en que se encuentra en su adoración ante Santísimo y le comunica. 'todo está arreglado'. Era el día del Sagrado Corazón, 21 de Junio 1797.. Tuvo que invertir la totalidad de su patrimonio disponible para comprarla, quedándose en la más absoluta pobreza, hasta el punto de no poder pagar la pensión de la Asociación y ser tenida oficialmente como indigente. Atan cabos. Lussas Souc de la Garélie, una de las Solitarias, aparecería como arrendataria. Muy pocos sabían la verdad.

6.- La Grand'Maison. Sor Gabriel decía de esa época: "*... Ese germen encerraba lo que se ha desarrollado más tarde*". "Germen y desarrollo", qué acertadas las palabras de G. de la Barre. Todas tienen conciencia de que están germinando, de que avanza el desarrollo, bajo la apariencia de tierra árida.. Por haberse recrudecido de nuevo la persecución contra el clero refractario y los nobles, la Sra. Aymer huye y se refugia en el campo y la Srta. Henriette se queda con el grupo. El salón del primer piso se convierte en oratorio, de manera de nadie pudiera sospechar que lo era. Un hábil carpintero muy amigo de las Aymer, recubre con un panel de maderas el entrepaño entre dos ventanas en el que queda invisible el tabernáculo del Santísimo, practicable tan solo por un curioso artificio oculto, que abre el panel central. Se prepararon para los sacerdotes escondites por la casa bajo el entarimado y comunicando el piso con la planta baja, para los casos de una súbita irrupción de la policía. El 29 de noviembre, por la noche, las Solitarias se trasladan a la nueva casa, con el Padre Coudrin llevando el Santísimo, en ese año de 1897. ¿Cómo iban con aquel galán que las acompañaba? ¿Conversando en grupo, como parece, las cinco mujeres jóvenes, conversación hecha con plegarias? El joven abstraído parece que ni las hace caso. ¡Mujeres! Pocos días después, Lussa de la Garelie recibía en la casa al resto de la Asociación, conservando las Solitarias una separación que les aseguraba por lo menos la independencia indispensable.

Con la huída de unos, la prisión de otros, los sacerdotes quedaban en una situación difícil en la estructura de la autoridad. El Arzobispo de Burdeos nombra Administrador de la Diócesis al Sr. Perrin y dos canónigos de Poitiers reunidos nombran a los dos Vicarios Generales, los Srs. Mondión y Messay. Se

crea un conflicto de jurisdicciones, situación difícil para Pedro Coudrin. El Sr. Perrin con toda su buena voluntad quiere hacer y deshacer, y se da cuenta de que estaba naciendo una Comunidad religiosa en el seno de una piadosa Asociación secular. Con el mejor espíritu, se estorbaban mutuamente. Había que dar más autonomía a la naciente Congregación religiosa. Apoyando el Sr. Perrin, la Srta. Aymer fue elegida Superiora de toda la Asociación. El Sr. Perrin prosigue con sus amados reglamentos queriendo manejar al nuevo instituto desde el fuero externo. Nueva fuente de ambigüedades y malos entendidos, porque las Solitarias querían obedecer solo al P. Coudrin que era su confesor y que *gobernaba desde la dirección espiritual*.

En medio de una cierta turbación, al no conocer con claridad, aún dispuestas de la mejor voluntad, qué era eso de ser 'religiosa', Dios las vino a ver a través de un folleto que llamaron "La Regla de la Trapa" de la Valsainte en Suiza. Se habían refugiado allí los monjes trapenses huidos de Francia y se daban a conocer por medio de un folleto de propaganda. De todas maneras, en el folleto se encierran todas las prácticas de la 'Comunidad religiosa' (?) de la Grand'Maison..

Bien sabemos que la Srta. Henriette, con permiso del P. Coudrin, puso en práctica las 'Reglas' de la Valsainte durante el Adviento de 1798 y el 1 de enero se adoptó por la Comunidad de las Solitarias. Sin referirnos a los detalles de las prácticas, lo que la Comunidad ya manifiesta es la austeridad con que quiere vivir el Evangelio y la generosidad de su entrega total que las anima. Este es el elemento práctico y concreto de su vida religiosa. Ya no viven en las nubes de los deseos. Entran decididas en el camino de la realidad, saben lo que quieren para ellas y para quienes quieran seguir las. El espíritu o carisma que las anima, hace años ya que las alienta y las empuja. Querían exteriorizarlo en la realidad concreta y reglamentada de su vida y acaban de encontrarlo. Ya tan solo les queda recurrir a la Iglesia para que juzgue de si están en la verdad.

Viven a la vez las Hermanas en la alegría de ver que el Fundador, espíritu del fondo de sus almas, está estrenando, esta vez con visos de acierto, la formación de la rama masculina tras los últimos fracasos. Instruye en la práctica sacerdotal a dos jóvenes que se manifestaban muy entusiastas: Bernard de Villemort e Hilarión Lucas. Conocemos poco del método de esa formación. Pero sabemos que, como hombre práctico que fue, el P. Coudrin los llevaba siempre consigo en sus correrías apostólicas, y los hacía trabajar en la enseñanza del catecismo y en la atención de las capillas de la periferia, al norte de la ciudad, donde vuelve a elevarse el terreno tras la falla en que se asienta la vieja ciudad, vista ahora por su espalda. Son los barrios de la Tranchée y de la Cueille Mirebalaize, lugares hermosos para contemplación de las espaldas de Poitiers, en la parte opuesta a Montbernage, mirador admirable para ver más cercanos los terrenos de la Grand'Maison.

7. La aprobación diocesana. Finales de 1799: crisis de la situación política en Francia. Se instala en París un nuevo gobierno, de cuño militar y autoritario. En el vértice del poder, Napoleón Bonaparte. Son derogadas las medidas de

persecución de la Iglesia, los sacerdotes iniciaron el retorno del destierro. A finales de año se reabrieron las iglesias. ¿A dónde llevaría Napoleón a Francia? El día de Navidad de este año de 1799, el Fundador había preparado una especie de golpe escénico que impresionó a los de casa: las Solitarias aparecieron vestidas de hábito blanco en la capilla. Era todo un desafío. Algo audaz, teniendo en cuenta la situación política, los ambientes del clero de Poitiers y las tensiones dentro de la Sociedad del Sagrado Corazón. El P. Coudrin había sido objeto de calumnias el año anterior. A comienzos del 1799, recibió críticas por la permisión de seguir las austeridades trapenses. El Fundador seguía adelante con firmeza y decisión. Conociéndole, hay que asegurar que no daba un paso sin el apoyo de la autoridad diocesana, que esta espectacular 'toma de hábito' contó con el consentimiento previo de los Vicarios. La prueba es que nadie dijo nada. Al silencio anterior ante los ataques, entra ahora en acción del modo más natural, como si nada hubiera sucedido. Es natural que creyeran que ya nadie le habría de parar. Hacia Pentecostés de 1800, 1 de junio, tomaron el hábito otras cuatro Solitarias. El P. Coudrin presidió la ceremonia y dejó en claro que había una intención clara de restaurar la vida religiosa que había antes de la Revolución. Tres Solitarias decidieron su salida, pasando a engrosar la Asociación y al fin desaparecieron. Los Fundadores decidieron adelantar los relojes de independencia y libertad. Había que aprovechar el 'desconcierto del enemigo', por decirlo en frase manida, para de una vez manejarse como una entidad reconocida oficialmente por la Iglesia. Redactaron una suplica a los Vicarios de la diócesis, y el día 17 recibieron la respuesta.

Esta Asociación es demasiado apropiada para hacer amar el Evangelio de Jesucristo con los preceptos y consejos que encierra, para que no la aprobemos de corazón y de espíritu. Le damos pues provisionalmente la aprobación que nos pide, reservando a Monseñor, nuestro futuro obispo, el pronunciarse definitivamente.

"Los consejos y preceptos que encierra son muy apropiados para hacer amar a Jesucristo"

Se describe a la Comunidad palpitando con el esfuerzo realizado, lento y seguro, por las etapas del camino de Dios, que finalizará en la que tienen como meta ya al alcance, en el Corazón de Dios que caminaba con ellas, delante de ellas, "para dar a la caza alcance".

.....

Pedro Coudrin descubre algo que le inquieta. Debió acontecer a finales de 1799. La Srta Aymer había decidido abrir su alma por enero al que era ya desde años su confesor. A partir de su "conversión", desde la época de su encarcelamiento, su vida de oración, que empañaba toda su actividad y llenaba todos sus silencios, florecía a veces en experiencias profundas que le costaba mirar de frente y que sentía repugnancia de comunicar. Los

acontecimientos se volvían traslúcidos para ella, el futuro, el interior de las personas, los mismos misterios de la fe.

Pedro Coudrin creía en la necesidad de la vida contemplativa en medio de la vida apostólica, sabía que si él tenía gran poder en cambiar a las personas, era porque sentía en sus palabras su propia oración. Sin embargo ante los fenómenos extraordinarios de la vida mística se sentía incómodo y no sabía cómo juzgarlos. Ante la Srta. Aymer reaccionó con serenidad y le ordenó que los pusiera por escrito, sabiendo cuánto le costaba. Una sutil decisión de ponerla un dique. Consultó con su antiguo confesor y amigo de siempre, con St. André Hubert Fournet que desde 1797 había vuelto a Maillé de su destierro en España.

No sería el único con quien conversó en el mismo Poitiers.

EL ADVIENTO PREPARA LA NAVIDAD Y LA PROLONGA

Así, a finales de 1800 comenzó a escuchar las comunicaciones y a leer los billetes que le entregaba, sobre los que escribía sus notas. *El Adviento de 1800*, fue una época rica en comunicaciones y notas sobre la Comunidad y su destino, que se recibieron como cosas de Dios.

a) Poco antes de Adviento, **exactamente el 20 de octubre**, aniversario de la salida de Pedro Coudrin de la Motte, tuvo lugar una ceremonia importante, en la pequeña capilla de la Grand'Maison. La Srta Aymer hizo sus primeros votos, junto con cuatro compañeras. En la misma ceremonia, el P. Coudrin tomó el nombre de Caprasio, el Sr. Villemort el de Bernard y el Sr. Lucas el de Hilarión. Ese mismo día, la nueva Comunidad hizo una petición a la Autoridad diocesana: que *el Sr. Coudrin fuera nombrado Superior* de ella. El 28 del mismo mes, el Vicario Sr. de Mondion otorgó el nombramiento. Todos sintieron haber dado un paso importante.

b) Sin embargo, no fue sino una preparación. Después de un Adviento vivido intensamente en la penitencia y la oración, **la noche de Navidad de este año de 1800**, justo antes de celebrar la Misa de Medianoche, el P. Coudrin se arrodilló en la grada y pronunció sus primeros votos. Luego subió al altar para decir la Misa. En un momento que no podemos precisar, también la Srta. Aymer hizo los tres votos, porque en octubre no había hecho el voto de pobreza. Este ha sido considerado siempre como el nacimiento de la Congregación⁶.

c) El **año 1801**, fue denso en acontecimientos para la pequeña Comunidad, a pesar de la deserción del que fue H. Bernard de Villemort. En la fiesta de la

⁶ El P. Juan V. G. da estas tres fuentes: GB. Mem.89 – HL. VBP. 88 – VBM. 68-69. Pero seguimos manteniendo que no es suficiente una fecha concreta, al menos si en ella se contiene, de algún modo expreso, cuanto hemos relatado. En un proceso, cuando se investigan todos los datos es cuando puede darse sentencia.

Presentación del Niño en el Templo, *el 2 de febrero*, tuvo lugar en la capilla de la Grand'Maison una nueva ceremonia, que como otras anteriores remachan algo que había quedado un tanto inseguro. Los votos invisibles por inaudibles, que alguien podía considerar temerosos y hasta vergonzantes, los Fundadores van a sacarlos a la luz. Se realiza a golpe de ceremonias de solemnidad, según el Ceremonial aprobado por los Vicarios generales de la diócesis. En él se recogían ceremonias en desuso de los monasterios que había profanado y arrasado la Revolución, como el rito pascual de muerte y resurrección como significado de la profesión, por ser una reafirmación de su propio Bautismo. De antiguo ya lo significaban tendiéndose bajo el paño mortuorio, seguido de la aparición de los resucitados entonando el Te Deum, con los cirios encendidos en las manos.

Relata así Gabriel de la Barre: (*Ecrits 1802-1829*, Roma 2000, n° 79, p. 56): "El 2 de febrero 1801, el Padre José María reunió a toda la casa, novicias, donadas, etc. Revestido de su alba hizo, con un cirio en la mano, un impresionante acto de desagravio por todas las faltas de su vida; expresó con energía el ardiente afecto con que estampaba su sello a sus compromisos. Después, habiendo renovado los votos, se prosternó. Se le cubrió con un paño mortuorio recitando las oraciones acostumbradas. Cuando se terminaron las oraciones, se levantó y recibió los votos del Sr. David, el joven de que he hablado más arriba, y las del Hermano Hilarión. El Sr. David tomó el nombre de Bruno que después se cambió por el de Isidoro. Ambos se pusieron como el P(ère) M(arie) J(oseph) bajo el paño mortuorio. N(otre) R(évérande) M(ère) hizo, del mismo modo su profesión y la renovación de sus votos bajo su mismo nombre de Henriette que le ha sido imposible cambiar, por no haberlo permitido jamás Nuestro Señor. A continuación recibió nuestros votos. Éramos, como ya he dicho, cuatro: S(œur) Madeleine, S(œur) Thérèse, S(œur) Gabriel y S(œur) Gertrude. Nos prosternamos todas juntas bajo el paño mortuorio, y la ceremonia se terminó con la renovación de las resoluciones de las novicias. Nuestras Hermanas donadas que habían conservado el vestido secular, tomaron también el mismo día el pardo que llevan hoy día. El cielo no se dignó tomar parte en esta ceremonia. La R(évérande) M(ère) Henriette, que mientras duró, había estado sumergida en una profunda contemplación...". Pero los Fundadores juzgaron que, ante sus seguidores y de cara al resto de la Asociación, tenían que quitarse ese lastre que llevaban arrastrando tantos años. Este grupo acusó el golpe y decidieron por fin separarse y marcharse. Tras tantos años y sufrimientos, empezaron a poder ser lo que querían ser y no lo habían sido: la Obra de Dios. Hubo mucho dolor, sobretodo en el corazón del Fundador, viendo irse a los sacerdotes con quienes había trabajado en la clandestinidad, jugándose la vida, sobretodo por la noche en sus asaltos a las cárceles, para celebrar la Misa y alimentarles en su situación con el Pan de Vida. "Me pasaba las noches sin dormir yo que tengo tanta necesidad de sueño".

En mayo, el día 20, *la rama de los hombres* de la Comunidad, que ahora ocupaba la casa de la Sra. Aymer, calle por medio con la Grand'Maison, *obtuvo la aprobación* de los Vicarios Capitulares de Poitiers. La Congregación había obtenido, aunque en secreto y provisionalmente, hasta que hubiera un

obispo, su primera Aprobación Diocesana. Todo *ese desarrollo de vida*, como realizado en la clandestinidad, recorriendo un camino largo y pedregoso, es lo que hemos llamado "*Nacimiento de la Congregación*". En estos momentos comienza a vivir su vida propia, libre, sin sujeción a otra vida más que la de la Divina Providencia, en la que confiaron los Fundadores, "*pendientes de un hilo* (B.P.) *pero este hilo está sostenido por un cable* (B.M.)

De todos modos, los tiempos inmediatamente posteriores no fueron un jardín de rosas. No hay más que leer a Antonio Lestra, *Le Père Coudrin*, Lardenchet 1952, I, cap. XVI, 380-407, para constatar que tras la herida profunda quedaba un tiempo, aún doloroso y persistente, de recuperación y sentamiento. Se abrían muchos frentes y tuvieron que vivir alertados, volviéndose continuamente hacia la Providencia para conservar lo conseguido, frente a corrientes poderosas que podían haberles desviado de su trayectoria. Los Fundadores tuvieron muy claro lo que querían y se mantuvieron firmes en su elección. Este segundo periodo es muy poco conocido y sería aleccionador por pura gratitud a quienes se mantuvieron fieles a la 'Obra de Dios', en la que ya estábamos nosotros, sus discípulos y seguidores de hoy.